

LA NEGACION POSITIVISTA

Y SU

VALOR CIENTIFICO

DISCURSO PRONUNCIADO  
EN NUESTRA SEÑORA DE PARIS

POR EL

PADRE FELIX.

BX1397

F4

cr.1

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACATECAS.

IMPRESA DE LOS HERMANOS CASTRO

30.-1ª CALLE DE S. FRANCISCO.-30

1882

033

BX1397

F4

WOM

ALD

033



1080026837



LA NEGACION POSITIVISTA

Y SU

# VALOR CIENTIFICO

DISCURSO PRONUNCIADO  
EN NUESTRA SEÑORA DE PARIS  
POR EL

PADRE FELIX.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tedez



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capilla Alfonsina  
ZACATEPES  
Biblioteca Universitaria

TIR. DE CASTRO HNS. 1<sup>ª</sup> DE S. FRANCISCO 30.

1882

42186



la materia en el hombre, niega al mismo tiempo la libertad, proclamando el reinado exclusivo del mecanismo y de la fatalidad; y la negacion absoluta de la libertad trae consigo la negacion y la destruccion absoluta de la ciencia moral ó de la moralidad de los actos humanos. No más ciencia fisiológica; no más ciencia moral: tales son los dos resultados infalibles del triunfo del materialismo.

Hasta aquí, señores, hemos visto cuatro grandes negaciones que bajo sus golpes destructores arrastran consigo, unas en pos de otras, la ruina de la verdad y de la ciencia, como restos de un edificio que se demuele, piso por piso y piedra por piedra: hemos visto al naturalismo, al panteísmo, al ateísmo y al materialismo, siguiéndose y confundiéndose muchas veces en un horrible amontonamiento de ruinas científicas. Parecía que tocábamos ya á las últimas fronteras de la negacion, y que no podíamos proseguir sin volvernos atrás.

Pero estaba reservado á nuestro siglo formar con los restos de todos esos sistemas, otro, que aunque asimilándoseles, se distingue de ellos por una fisonomía especial, y se presenta entre nosotros como la reunion más completa de negaciones que se ha visto nunca en la historia del espíritu humano. Y lo que en particular caracteriza ese sistema y lo reviste de un interés especial desde el punto de vista en que estamos colocados, es que esa vasta sistematizacion de errores y ese enorme conjunto de negaciones se nos ofrece precisamente como la más alta expresion del saber y la más completa organizacion de la

ciencia en el siglo XIX. Ese sistema tan extraño se ha dado un nombre más extraño todavía: se llama el *positivismo*.

¡El positivismo! Esta palabra, inventada para expresar un conjunto de negaciones, es más que todo una cosa bien extravagante. La palabra *positivo* tiene en las tradiciones de nuestra lengua francesa sentidos muy diferentes, segun la especialidad de las cosas que expresa y que nadie entre vosotros puede ignorar. Trabajo nos cuesta, por lo tanto, comprender á los hombres que nos traen con aire de reveladores esa novedad singular que se llama el positivismo; y no podemos ménos de preguntarnos si nos hablan con formalidad esos cándidos reformadores, cuando nos dicen, mirándonos con tanta altivez y con tan raro desden: "Nosotros, los sábios, somos positivistas: "nosotros profesamos la ciencia y la filosofía *positiva*: ciencia del progreso, filosofía del porvenir, que ha de regenerar al mundo y trasformar "á la humanidad."— Oráculo de profecías, símbolo de novadores, que anuncia, no solo una nueva revolucion social, sino, como ellos dicen en su prodigioso idioma: *una nueva educacion de las inteligencias*.

Por honor á nuestro carácter nacional, que tiene tanto anhelo por la claridad y tanta sed de luz, es necesario entenderse ántes respecto al sentido de las palabras; y para esto, es preciso que el positivismo consienta en darse á conocer, definiendo y exponiendo su propia doctrina. Investiguemos, pues, ántes que todo, cual es la fórmula explícita de su símbolo, el secreto de sus

ambiciones, el resultado de sus esfuerzos, lo que cree, lo que espera, lo que es realmente. Despues de exponer á vuestras inteligencias, en su verdadera fisonomía, esa creacion prodigiosa del siglo XIX, pondremos de manifesto lo que vale bajo su aspecto científico esa pretensa *organizacion* de la ciencia.

Causará á algunos extrañeza que consagremos un discurso entero á la exposicion y á la refutacion de esa forma fantástica de la negacion contemporánea; y yo confieso, señores, que si el positivismo no tuviera otra importancia que la que pudiera darle su valor intrínseco, no habria que ocuparse mucho en un sistema que lleva tan léjos como es posible la singularidad científica, la extravagancia religiosa y la contradiccion filosófica.

Pero el positivismo tiene á su favor dos cosas que explican el éxito que relativamente alcanza, y la fascinacion que produce en la inteligencia de los jóvenes: y son, por una parte, el mérito que lanza contra las más sagradas afirmaciones; por otra, la libertad que da á las más detestables pasiones: tantas cosas verdaderas como niega en el orden intelectual; tantas cosas vergonzosas como legitima en el orden moral: esto es lo que me decido á exponer primeramente; refutando despues en sus principios fundamentales la doctrina positivista.

El positivismo, nacido en nuestro suelo, y por decirlo así, á nuestra vista, sigue siendo para el mayor número de nosotros como uno de esos países extranjeros de que se oyen contar cosas prodigiosas, y á los que casi no se conoce mas que por las relaciones de los viajeros que los han cruzado. Por eso, ántes de entrar en la refutacion directa de ese sistema tan antipático al buen sentido del género humano y sobre todo, al génio de Francia, creo necesario empezar por haceros de él una exposicion clara y francamente imparcial. Bien sé que esa exposicion de los grandes errores ofrece sus dificultades, porque tropieza fácilmente en uno de dos escollos: calumniar ó lisonjear; desfigurar ó embellecer; ser injusto con el error á fuerza de amor á la verdad, ser injusto con la verdad á fuerza de contemplaciones con el error. ¿De qué manera pasaremos entre estos dos escollos, al exponer rápidamente las doctrinas positivistas, con una imparcialidad completa y con una justicia consumada? Hay para ello un medio que me ha parecido tan sencillo como leal; mostraros suscintamente al positivismo pintado por sí mismo.

Así, pues, señores, prestadme por algunos momentos una paciente atencion, y no os escandaliceis, porque voy á hablar como buen positivista,

ambiciones, el resultado de sus esfuerzos, lo que cree, lo que espera, lo que es realmente. Despues de exponer á vuestras inteligencias, en su verdadera fisonomía, esa creacion prodigiosa del siglo XIX, pondremos de manifesto lo que vale bajo su aspecto científico esa pretensa *organizacion* de la ciencia.

Causará á algunos extrañeza que consagremos un discurso entero á la exposicion y á la refutacion de esa forma fantástica de la negacion contemporánea; y yo confieso, señores, que si el positivismo no tuviera otra importancia que la que pudiera darle su valor intrínseco, no habria que ocuparse mucho en un sistema que lleva tan léjos como es posible la singularidad científica, la extravagancia religiosa y la contradiccion filosófica.

Pero el positivismo tiene á su favor dos cosas que explican el éxito que relativamente alcanza, y la fascinacion que produce en la inteligencia de los jóvenes: y son, por una parte, el mérito que lanza contra las más sagradas afirmaciones; por otra, la libertad que da á las más detestables pasiones: tantas cosas verdaderas como niega en el orden intelectual; tantas cosas vergonzosas como legitima en el orden moral: esto es lo que me decido á exponer primeramente; refutando despues en sus principios fundamentales la doctrina positivista.

El positivismo, nacido en nuestro suelo, y por decirlo así, á nuestra vista, sigue siendo para el mayor número de nosotros como uno de esos países extranjeros de que se oyen contar cosas prodigiosas, y á los que casi no se conoce mas que por las relaciones de los viajeros que los han cruzado. Por eso, ántes de entrar en la refutacion directa de ese sistema tan antipático al buen sentido del género humano y sobre todo, al génio de Francia, creo necesario empezar por haceros de él una exposicion clara y francamente imparcial. Bien sé que esa exposicion de los grandes errores ofrece sus dificultades, porque tropieza fácilmente en uno de dos escollos: calumniar ó lisonjear; desfigurar ó embellecer; ser injusto con el error á fuerza de amor á la verdad, ser injusto con la verdad á fuerza de contemplaciones con el error. ¿De qué manera pasaremos entre estos dos escollos, al exponer rápidamente las doctrinas positivistas, con una imparcialidad completa y con una justicia consumada? Hay para ello un medio que me ha parecido tan sencillo como leal; mostraros suscintamente al positivismo pintado por sí mismo.

Así, pues, señores, prestadme por algunos momentos una paciente atencion, y no os escandaliceis, porque voy á hablar como buen positivista,

es decir, como muy mal católico, y debo añadir, como muy mal filósofo.

Para entrar con conocimiento de causa en la nueva secta, hé aquí lo que primero debe admitir el iniciado. Ha de saber: "que todas nuestras concepciones, de cualquier orden que sean, pasan sucesivamente por tres estados, cuyo orden determina la naturaleza de las cosas y está señalado en la historia por distintas etapas: el estado teológico, el estado metafísico y el estado positivo. Este desenvolvimiento del espíritu humano es universal y no reconoce excepcion. En el estado *teológico* el hombre, trasportando al mundo exterior la idea que de sí tiene, *supone* que los objetos se mueven por la acción de voluntades superiores, pero en la esencia análoga á la suya. De aquí la hipótesis de los ángeles y de las divinidades paganas, de aquí tambien la hipótesis de Dios. En el estado *metafísico*, el hombre sustituye entidades abstractas á las concepciones concretas de las teologías; y *supone* á esas entidades, que son producto de su propia imaginacion, con una realidad y una objetividad que no existen. De aquí un conjunto de especulaciones estériles y de supuestos conocimientos metafísicos, tan faltos de realidad como la misma teología. Por último, en el estado *positivo*, que es la era de las verdaderas grandezas de nuestra humanidad, el hombre reconoce su verdadera situacion en medio del orden universal de que forma parte; y llega á hacer un gran descubrimiento, cual es que los movimientos de los seres y el conjunto de sus fenómenos estan determinados, no por *volun-*

*tades libres*, sino por las *propiedades* de las cosas, por fuerzas *inmanentes*, cuyo conocimiento sirve de base á toda la ciencia.

La verdadera filosofía de la historia consiste en poner de manifiesto á la luz de los hechos la sucesion regular y normal de esos tres estados en el desenvolvimiento del espíritu humano, los cuales constituyen el triple *régimen mental* de la humanidad.

Así veis como el régimen *teológico*, partiendo desde la cuna de las religiones y de las sociedades, pasa por esas varias faces, se simplifica progresivamente, se va haciendo cada vez más abstracto, y á cada simplificacion que en él se procede, va teniendo menos parte en la vida de los hombres. Veis además siempre á la luz de los hechos, el régimen *metafísico*, al principio subordinado al imperio del dogma, despues en rebelion abierta con los dominios teológicos ganando cada dia terreno á la teología y tomando atrevidamente la direccion de las inteligencias en la era de las revoluciones que todavia dura. Veis, por último, al régimen *positivo* suplantando cada vez más á la misma metafísica, y despues de haberse ido apoderando sucesivamente de todas las ciencias, *eliminar* todo lo que no es él y absorber cuanto en él puede entrar, y hoy dia pone el pié triunfante en el dintel mismo del orden social.

Tal es la sucesion de los tres estados por los cuales pasa de una manera fatal el espíritu humano. El último excluye á los otros dos, y los condena á un desuso definitivo y á una impoten-

cia irremediable, á causa de su oposicion radical con él.

No es difícil comprender de dónde procede ese antagonismo radical entre los dos primeros estados y el tercero. La índole general de las cuestiones es enteramente opuesta entre la filosofía teológica ó metafísica, y la filosofía positiva, puesto que la una se ocupa en lo absoluto y la otra en lo relativo y nada más que en lo relativo. Tal es la línea profunda de demarcacion que en adelante ha de separar el pasado y el porvenir del espíritu humano. Hasta ahora, el hombre ha dejado lo finito y lo relativo, para ir en pos de lo absoluto, y de lo infinito; y lo infinito y lo absoluto son inaccesibles al espíritu humano, no siendo susceptibles de demostracion ni de refutacion. El espíritu humano, en sí mismo no es lo absoluto ni lo infinito: preguntarle el secreto de uno y otro, es pedirle lo que no tiene ni puede dar. Por tanto, encerrarse en el círculo de lo que la escuela llama lo *contingente* y lo *relativo*, constituye una diferencia capital entre una y otra filosofía, y abre entre ellas un abismo que impedirá al mundo del porvenir volver á las doctrinas de lo pasado.

Este es el partido definitivo y la resolucion inquebrantable que toma el positivismo. Así es que de hoy en adelante el positivismo no discutirá ya con los teólogos ni con los metafísicos, sino que les volverá la espalda y los pondrá *fuera de la ciencia*. Y esa exclusion que pronuncia el positivismo contra la teología y la metafísica no la pronuncia ménos contra la psicología y la mo-

ral, tal como los filósofos la han comprendido en nuestros días. La psicología ó la ciencia del alma, considerada como sustancia inmaterial, no es ménos quimérica en su objeto que la misma metafísica; y los hechos de conciencia, considerados como distintos de los fenómenos fisiológicos, no tienen más que un valor puramente *nominal*. La moral aceptada como legislación en nuestra vida espiritual, escrita en el fondo del alma por el dedo divino, tampoco es en sí misma otra cosa que una bella ilusion. La verdadera moral, la que consagra la ciencia, descansa por completo en la distincion de los instintos *egoistas* y de los instintos *altruistas*, ó sea los que consentran al hombre en sí mismo, y los que lo inclinan hácia los demás. El egoismo y el altruismo son los dos polos en la vida moral de la humanidad.

Una vez descartadas todas las regiones de la hipótesis y reconocidas como inaccesibles á las miradas de la verdadera ciencia, los dominios científicos se estrechan de un modo notable, pero es para iluminarse más. El positivismo, colocado fuera de lo imaginario y de lo quimérico, toma en medio de la luz de la ciencia, el punto de partida que ha de llevar la ciencia de claridad en claridad desde su base más profunda hasta su más elevada cumbre, es decir, desde los primeros elementos de las matemáticas hasta la cima luminosa de la *sociología* ó ciencia de la sociedad, último término á que ha de llegar un día la filosofía positivista.

Ya veis, pues, lo que de hoy en adelante ha de entrar en ese reino de la luz pura y constituir los

elementos de la ciencia nueva: hechos, y nada más que hechos; hechos, con las leyes inherentes á su naturaleza y las fuerzas *inmanentes* de la materia. Es necesario desarraigat esa preocupacion que tan cuidadosamente han infundido los teólogos y los filósofos, de "que hay dos órdenes de hechos perfectamente discutidos; los que caen bajo los sentidos y los que solo descubren la conciencia; porque esa distincion es el vicio fundamental de la ciencia de lo pasado. "Todos los hechos son esencialmente *homogéneos*, y no hay más que un procedimiento para conocerlos, que es la experiencia ó la observacion. Todo fenómeno real debe ser observable; y para eso es necesario que caiga bajo los sentidos. Toda otra observacion es esencialmente vana.

Por eso, en vez de lanzarse con la imaginacion en busca de las *causas* y de la *esencia* de los seres, el procedimiento único y universal que de hoy en adelante ha de conducir al verdadero conocimiento de aquellos seres y de sus leyes, es aplicarse á estudiar por medio de la observacion las cosas en sí mismas, con sus fuerzas *inmanentes*; y sustituir á las aventuras de la especulacion teológica, metafísica, moral ó psicológica, las investigaciones precisas del cálculo, aplicado á las realidades materiales. Ahora bien, seis ciencias que estan ligadas entre sí, y se auxilian unas á otras, encierran dentro de sus grandes líneas el conjunto de los hechos observables y el campo de las investigaciones científicas; estas seis ciencias son: las matemáticas y la astronomía; la física y la química; la biología y la sociología; las

matemáticas, que son la ciencia del número, de la dimension y de la extension abstracta; la astronomía, que es la ciencia de los movimientos de los cuerpos y de su extension determinada; la física, que es la ciencia de las leyes generales que rigen á la materia; la química, que es la ciencia de las afinidades de los cuerpos y de sus elementos moleculares; la biología, que es la ciencia de los seres vivientes; y la sociología, que es la ciencia del hombre social. Cuanto es posible *saber* está encerrado en el círculo descrito por los contornos de esas seis ciencias; y esa es la esfera exclusiva en que la ciencia está llamada á moverse en lo porvenir.

Tal es el edificio científico que el positivismo construye para elevar el espíritu humano. Su base es ese diamante inquebrantable que se llama la ley matemática y en su más alta cumbre muestra la ciencia de la vida y la ciencia de la sociedad, ó en términos positivistas, la *biología* y la *sociología*. Entre esas dos ciencias, de las cuales una es la expresion de lo más sencillo y otra de lo más complejo, la obra maestra de la filosofía positivista es ordenar todas las ciencias, escalonarias gradualmente unas en pos de otras, tomando cada una su punto de apoyo en la que le precede y sirviendo de fundamento á la que le ha de seguir: desprender de esas ciencias las leyes que las rigen; y llegar desde todas esas leyes, caminando de simplificacion en simplificacion, hasta la ley universal y general que las domina todas.

En adelante la filosofía no debe ser más que el resumen, ó por mejor decir, la simplificación de las leyes generales *inmanentes* en la naturaleza, y comprobada por la ciencia.

Este es el milagro que el positivismo está en días de llevar á cabo. El positivismo ha trazado de una manera definitiva el recinto de la ciencia; de suerte que abrazar lo que el abraza, es abrazar la realidad entera. La filosofía positiva se asemeja á las primeras circunnavegaciones que han mostrado al hombre los límites del globo terrestre: da la vuelta á la realidad, como los navegantes han dado la vuelta al mundo. Más allá y más arriba de este mundo en que el entendimiento humano encuentra todo lo que puede saber, las miradas del sábio no descubren sino regiones imaginarias, que se llaman, unas veces teología, otras metafísica, ya psicología, ya moral, y que son como esos cielos fantásticos que la ignorancia de la astronomía creó y en cuya creencia mantuvo por largo tiempo á los pueblos en su infancia."

Tal es la fé robusta que el positivismo tiene en su propia suficiencia: y esta fé hace nacer en él esperanzas fabulosas. El positivismo tiene acerca de sus destinos, visiones, esperanzas y ambiciones que apenas se podrían creer si no se supiese de todo lo que es capaz el orgullo del espíritu humano, cuando no creyendo ni esperando en Dios, tiene en sí mismo una fé sin medida y una esperanza sin límites.

Sin duda lo que acabais de oír es prodigioso; pero hay en la secta nueva algo que me parece

más asombroso aún, y es lo atrevido de sus profecías y lo extraordinario de sus esperanzas. Sigamos oyendo al positivismo.

"Hoy el régimen positivo lo invade todo y domina en todas partes, excepto en el terreno social. Pero el que siga con ojos atentos el desenvolvimiento de las ciencias, y las vea cómo van desalojando de sus posiciones á las nociones teológicas, metafísicas, morales y psicológicas, verá de una manera evidente que la serie se completará: y el advenimiento del reinado positivo en todas las ramas de los conocimientos humanos trae necesariamente consigo su advenimiento en el último orden de cosas de que está excluido aún, que es el orden social.

"En medio de los partidos que luchan, el terreno se oculta en todas partes bajo los piés de los contendientes; y todo converge hácia la noción positiva del mundo.

"Al declinar la autoridad sobrenatural aparece una nueva autoridad, que es el positivismo, y todo se va colocando, clasificando y coordinando en derredor de ella.

"Si miramos lo que queda detrás de nosotros, veremos á la historia mostrándonos la dilatada corriente de las ideas teológicas y metafísicas en todo su desenvolvimiento; pero ya comienza á señalarse otra vertiente, y el manantial de las ideas positivas brota á su vez y en adelante correrá con libertad por el lecho que él mismo se abre y por la pendiente que lo precipita.

“La humanidad en su infancia estaba regida por la ley de la *trascendencia*: en su madurez la regirá la ley de la *inmanencia*.”

“La trascendencia era la teología ó la metafísica, que explicaba el mundo por la acción de causas que iban á buscarse fuera de él.

“La inmanencia es la ciencia positiva, que explica el mundo por la acción de las causas que están en él.

“Estas dos corrientes han luchado largo tiempo una con otra; pero el dilatado conflicto en que han estado toca á su término;” y nada en el mundo puede ya detener la carrera fatal que lleva al positivismo en el carro del progreso al gobierno de las inteligencias y al dominio completo del porvenir.

Lo que profetiza de una manera más infalible á los ojos del positivismo su triunfo definitivo é inmediato, es el derrumbamiento general y la decadencia irremediable de todo lo que precede á su advenimiento.

Si se le oye á él, no hay ya símbolo religioso que pueda contar en adelante con el asentimiento de todos los hombres; no hay doctrina metafísica capaz de imponerse á todas las inteligencias; y por lo tanto no hay ya nada que pueda impedir el reinado del positivismo.

Lo sobrenatural está relegado para siempre á la región de las quimeras; y la metafísica se ha perdido para siempre en el vacío de sus abstracciones, ó por mejor decir, de sus sueños. Al mismo tiempo que se verifica esta doble decadencia, las ciencias positivas se levantan alcanzando cada día más

autoridad; y sobre uno y otro régimen del espíritu humano, que se han hecho ya imposibles, es inevitable el triunfo del régimen positivo. El positivismo no es ya solo la doctrina del porvenir, sino la del presente; su triunfo ha comenzado y continúa: no le falta más que completarse. Y si consentimos en creerlo; si queremos reconocer su importancia contemporánea y su dominación ya casi universal, poco falta, señores, para que vosotros y yo estemos ya sometidos al tercer régimen mental; y sin duda alguna el día menos pensado, la humanidad entera, asombrada de verse transportada al nuevo régimen sin saberlo, exclamará al despertarse, desde un extremo al otro del mundo: “Soy positivista.”

Ya lo veis, señores, el positivismo no es modesto; bien se ve que la humildad no es una virtud positivista, porque es imposible admirarse y jactarse con una seguridad más rara y una calma más olímpica. Así es que experimento cierto pesar al venir á turbar á sus reveladores y á sus oráculos en el placer celestial que sienten, según parece, al proclamarse señores del mundo y reguladores del pensamiento. Sin embargo, por más que colocados en el fondo de su olimpo de semidioses nos miren desde tan alto á nosotros los pobres mortales, necesario es que se dignen poner el pié en el terreno á que nos provocan, y nos den alguna cuenta en el punto mismo de vista en que se colocan, de la presunción que ostentan y de las ambiciones que manifiestan. Tenemos derecho á preguntarles qué son y qué han hecho para legitimar una fé tan colosal y unas esperanzas tan gigantescas: una fé ca-

paz de trasportar, no sólo los montes, sino los mundos: unas esperanzas capaces de trastornar las cabezas mas fuertes y de sacar de quicio á los espiritus más firmes.

Si yo tuviera delante de mí á esos cándidos maestros del espíritu humano, é iniciadores del nuevo régimen mental, ved aquí sobre poco más ó ménos lo que quisiera decirles por su interés y por el nuestro, antes de discutir á fondo el sistema que acabo de exponer.

Señores positivistas, en verdad que no sois poco ambiciosos; vosotros mismos no haceis misterio de eso. Nos anunciáis con una solemnidad que no es comun en el ingénio, no solo una nueva reforma del mundo, sino lo que es más grave y radical todavía, lo que llamais en vuestra lengua *una nueva educacion de las inteligencias*. Ahora bien, esos nuevos maestros de las inteligencias, si es que os comprendo bien, sois vosotros, vosotros mismos, vosotros solos: y en verdad que semejante ambicion, ya lo conocéis, bien vale la pena de que se le justifique con algun título eminente. Vosotros prefetizais más que milagros; siendo así nos habeis de permitir que os planteemos esta cuestion: ¿Quiénes sois? Sí: eso que los judios preocupados preguntaban al santo precursor de Cristo, sentimos la necesidad de preguntároslo á vosotros que os presentais como los mensajeros del progreso y los Mesias del porvenir. Dignaos, pues, respandernos quiénes sois y qué decis acerca de vosotros mismos. Que sois profetas y profetas de vuestra gloria eso ya lo sabemos; pero solo el porvenir posee el secreto de vuestro triunfo ó de vuestra derrota, y

ya la historia dirá algun dia al mundo lo que se debia pensar acerca de las profecias del positivismo. Dejemos, pues, á un lado el ministerio profético, que no tiene nada que ver con la ciencia, y decididnos lo que sois ante ese siglo al que quereis educar y ante nuestras inteligencias á las que pretendéis servir de maestros. ¿Sois reveladores? ¿Sois inventores? ¿Sois organizadores?

¿Reveladores? Así deberia ser, sin duda alguna, para legitimar vuestra ambicion y justificar vuestra empresa: porque ¿como es posible que sin haber recibido desde lo alto el signo auténtico de una nueva revelacion, vengais con toda formalidad en el siglo XIX á proponernos una nueva educacion de las inteligencias, ó para decirlo en otros términos, una refundicion del espíritu humano? Si no sois dioses, y nada que yo sepa nos ha demostrado que lo seais, vuestra ambicion es cuando menos sorprendente. Lo que nos anunciáis tiene traza de divino: mostrádnos, pues, un reflejo de Dios en vuestra frente. ¿Cuál es vuestra revelacion? ¿Qué verdades desconocidas traeis al mundo? ¿Con qué nuevo dogma enriqueceis al espíritu humano?

¡Ah! ese espíritu humano os ha comprendido ya, y ese siglo os ha visto á toda luz; y sabe que vuestras revelaciones no son mas que supresiones, que en vez de multiplicar las verdades, las disminuis; que en vez de iluminar nuestras inteligencias con nuevas luces, no haceis más si no apagar las antiguas. Si: vosotros apagais con vuestro soplo esas radiantes antorchas que iluminan desde lo alto todos los laberintos de la inteligencia, como son la teología, la metafisica, la psicología y la moral; y

con todo eso decís: *Fiat lux*. ¡Y ese es vuestro papel como reveladores y vuestro misterio como iluminadores! Apagar la teología, apagar la metafísica, apagar la psicología, apagar la moral misma; y creer despues firmemente que una vez extinguidas con vuestro potente soplo todas esas grandes antorchas del espíritu, el género humano verá más claro, y que arrojada la luz de todos los puntos culminantes, va á subir de abajo arriba contra todas las leyes establecidas. ¡Oh, reveladores! Dejados vuestras antorchas, y guardaos vuestras revelaciones.

No sois reveladores, no. ¿Qué sois pues? ¿Sois inventores? Pues entónces sería preciso que al menos nos dijérais cuáles son y dónde estan vuestras invenciones. ¡Más, ah! Bien conozco vuestras invenciones, que darian no poco que reir á este grave auditorio y que no recordaré. No, señores, no quiero proporcionarme el placer harto fácil de hacer pasar por delante de vuestros ojos las fantásticas invenciones que han dado á ciertos maestros del positivismo la celebridad de la extravagancia más aún que la del ingenio. Dejaré á un lado los fenómenos vateudenarios de ese famoso *régimen mental*. Me haré cargo del positivismo ménos imaginativo, ménos enfermizo y ménos propenso á las crisis de la alucinación; del positivismo más franco y más razonable, más político y más castigado, más retocado y más correcto; en suma, del positivismo más *positivo*. Lo tomaré tal como hace un momento nos lo mostraba su oráculo más ilustrado; y le diré: ¿Qué has hecho por el progreso de la ciencia? A cada momento estoy oyendo en tus

discursos esa palabra cabalistica: la ciencia. Pues bien, nosotros, que no somos positivistas, querríamos saber lo que ha hecho el positivismo en el siglo XIX para que pueda considerársele como el númen de la invencion científica.

Vosotros nos decís con grande estrépito, que independientemente de la teología, de la metafísica, de la psicología y de la moral, es decir, de todo lo que vosotros no admitís, hay seis ciencias entre todas las demás que limitan y demarcan los dominios científicos, á saber: las matemáticas y la astronomía, la física y la química, la biología y la sociología. Nos decís además que esas seis ciencias están enlazadas por relaciones naturales que es casi imposible no ver si se tienen los ojos abiertos: ¿Qué descubrimiento, gran Dios! Que hay seis ciencias y que esas seis ciencias se corresponden y se llaman mutuamente. Ved ahí una cosa maravillosa; y en verdad que creemos comprenderos. Pero, ¿no podremos saber cuál de esas ciencias es la que vosotros habeis inventado, ó al ménos la que habeis engrandecido ó perfeccionado de un modo notable, ó siquiera la que por el áspero camino del trabajo habeis levantado hasta la gloria de los grandes descubrimientos que han dejado impreso un círculo luminoso en pos de los pasos de tantos ingenios ilustres en la ciencia? ¿Dónde están vuestros Keplers, vuestros Galileos, vuestros Newtons, vuestros Liebnitz, vuestros Laplaces y vuestros Lavoisiers?

Voy buscando entre vosotros un solo hombre que haya sorprendido en la creacion un secreto

del Criador: voy buscando un verdadero *inventor*; y no lo encuentro.

No sois, pues, inventores, como tampoco sois reveladores. Y entónces, ¿qué sois? ¡Ah! ya os oigo reivindicar una gloria que no tiene semejante en la ciencia. "Nosotros somos, decís, los *organizadores* de la ciencia moderna en el siglo XIX." ¡Los organizadores de la ciencia! . . . Pero ¿de qué manera? ¿A la manera de Aristóteles, á la de Santo Tomás de Aquino, ó á la de Bacon? Mirad bien que aun sin tomar en cuenta la comprensión, la aptitud y la profundidad del ingenio, os separa un abismo de esos grandes organizadores de la ciencia. Ellos lo abarcaban todo, ó al ménos no excluían nada.

El primero tomó por centro la filosofía, el segundo la teología y el tercero la física; pero ninguno de los tres conocía esa excomunión intolerante de una parte de la ciencia respecto de la otra; ni se les había ocurrido que para organizar la ciencia fuese preciso separar de una vez la mitad ó las tres cuartas partes de ella: sobre todo nunca se figuraron que fuese preciso *eliminar* sistemáticamente sus bases más profundas y sus puntos más sublimes. Pero vosotros, señores positivistas, ¿qué otra cosa haceis sino eliminar y eliminar incansablemente?

Os hablo de la ciencia que ilustraron S. Agustín, Santo Tomás y San Buenaventura, ó sea de la teología.

¿La teología? decís, está eliminada.—Os hablo de esa ciencia que recuerda los grandes nombres de Aristóteles y Platon, de Descartes y de Leib-

nitz, de Bossuet y de Fenelon, ó sea de la metafísica.

¿La metafísica? decís, está eliminada. Os hablo de esa ciencia del alma que tambien tuvo por intérpretes los más grandes ingenios, ó sea la psicología. ¿La psicología? preguntáis, está eliminada. Os hablo, en fin de la moral eterna, de los hechos morales, de los fenómenos de la conciencia. ¿La moral? dice el positivismo, ¿los hechos de la conciencia, los fenómenos morales? están eliminados eliminados, os repito.

¿Y á eso se reduce vuestra nueva organización? ¿Y ese es el método fecundo que ha de multiplicar en lo porvenir los milagros de la ciencia: la *eliminación*, siempre la *eliminación*? De manera que al par que con las grandes líneas de esas seis ciencias cuyas mútuas relaciones y armonías correlativas nos poneis de manifiesto bien ó mal, nos trazais, como hizo Dios con los límites de la tierra, las fronteras de la ciencia; describís, con la regla y el compas en la mano, una especie de base destinada á servir de sosten á toda la arquitectura científica, y nos decís con tono imperativo: todo lo que no está comprendido en ese recinto, está *fuera de la ciencia*.

¿Y á eso llamáis la organización de la ciencia y la educación de las inteligencias, á una série de negaciones y destrucciones? ¡Ah! yo os lo juró por la ciencia misma: vuestra obra no es un edificio levantado con verdades nuevas para que se cobije bajo de él el ingenio del porvenir: es la prision del espíritu humano construida con los restos del materialismo, del ateismo, del panteísmo y de

todos los errores que de un siglo á esta parte están amontonados en el camino real de la ciencia. Vuestra obra es un conjunto de negaciones; un ex-plagio de filosofía negativa; es la negacion misma, en la más hasta escala que el espíritu humano la ha practicado nunca. Y por una de esas ironías vengadoras que la verdad echa sobre el error cuando la ultraja, viene á suceder que esa soberbia palabra *positivismo*, que quiere significar la plenitud de la afirmación, no sirve sino para designar la plenitud de la negacion.

Retiraos, pues, que ya estais juzgados. No sois reveladores, nó. No sois inventores, nó. No sois organizadores, nó. No sois mas que *eliminadores*. No sois la multiplicacion de la ciencia, sino su disminucion; no sois el engrandecimiento de las inteligencias, sino su empuqueñecimiento; no sois un edificio levantado con verdades conquistadas, sino un monton de ruinas formado con el polvo de las verdades destruidas; no sois la armonía de las afirmaciones, sino la amalgama de las negaciones.

¡Y á ese monton de ruinas, á ese casucho formado de escombros, es á lo que llamais soberbiamente el edificio de la ciencia nueva!

Vamos, pues, á demostrar, ántes de concluir, que esa construccion no puede sostenerse; que no hay en el mundo nada ménos científico, ni más desmentido por la ciencia, que esa titulada organizacion de la ciencia.

Y notad bien, ante todo, señores, que no se trata aquí de las personas, sino de las cosas; porque al negar el valor científico del positivismo, no tengo el menor afán de rebajar el valor personal de los hombres que se han erigido en apóstoles suyos; ántes bien, reconozco que algunos hombres honrados han puesto al servicio de esa idea prodigios de trabajo y tesoros de saber, que hubiesen dado más fruto sirviendo á una causa mejor.

Ciertamente debemos decir, en obsequio á la verdad, que el positivismo no ha producido hasta ahora su Aristóteles, ni su Bacon, ni su Leibnitz, ni su Newton, ni su Keplero. Pero librenos Dios de imputarle eso como un crimen: no es el ingénio del que lo quiere; porque el ingénio es un astro que rara vez se muestra en el horizonte de las inteligencias. Respecto á la ciencia, ya es otra cosa. Con cierta dosis de buena inteligencia, de buena memoria y de buena voluntad, se puede ser sábio si se quiere: los positivistas lo han querido y han llegado á serlo. Pero no son sábios porque son positivistas: su positivismo no entra para nada en su saber. Son sábios á pesar de que son positivistas; porque en la esfera donde ellos se mueven, se llega hasta alcanzar cierto grado de ciencia, sea cual fuere la filosofía que se profese, ó aunque no se profese ninguna. En fin, sea de ello lo que quie-

ra, la cuestión que aquí se presenta deja fuera de discusión el valor de los sabios positivistas: solo se trata de saber lo que el positivismo, como positivismo, vale ante la ciencia: esa es toda la cuestión: esa cuestión es eminentemente desinteresada; y los positivistas no pueden encontrar mal que nosotros investiguemos con la mayor lealtad lo que el positivismo hace realmente en favor de ese progreso de la ciencia que en sus sueños busca para la humanidad.

Penetremos en lo íntimo de las cosas, y vereis como todo protesta en alta voz en nombre de la ciencia contra las pretensiones científicas del positivismo. Porque en efecto; la ciencia misma, examinando ese sistema, descubre en él tres vicios radicales que prueban su nulidad científica aun á los que le miren con ménos atención: á saber, la hipótesis gratuita, la contradicción universal y la falsedad absoluta.

Lo que ante todo llama la atención en esta prodigiosa doctrina, es que tiene en su base el vicio radical que ella misma rechaza en cara á todo lo que pretende destruir en nombre de la ciencia, es decir, la hipótesis. Oid hablar á ese ingenio tan exigente, tan riguroso tan severo y tan matemático, que se llama el positivismo; y vereis que todo lo que elimina de la ciencia lo elimina como hipótesis y á título de hipótesis. Si lo oís, todos somos juguetes de la hipótesis: los teólogos suponen todo un mundo de realidades teológicas; los metafísicos suponen un mundo de realidades metafísicas; los psicólogos suponen un mundo de realidades psicológicas; los moralistas suponen un mundo de rea-

lidades morales. Nosotros estamos siempre suponiendo. El positivismo no ve por doquiera sino suposiciones, lo mismo en las creencias más acreditadas que en las convicciones más universales: incessantemente nos está hablando de la *supuesta* causa primera, del *supuesto* Dios, de la *supuesta* alma. En una palabra, la hipótesis, y siempre la hipótesis, es lo que se cree con derecho á echarnos en cara siempre y en todas partes, como el obstáculo radical que se opone al triunfo de la ciencia.

Después de formar ese proceso en nombre de la ciencia á la tiranía de la hipótesis, parecía natural que el positivismo estuviese á cubierto de las ilusiones de la hipótesis; porque cuando hay valor para excomulgar con tanta altanería casi todas las doctrinas que profesa el género humano como puramente *hipotéticas*, no se concibe que se levante sobre meras hipótesis todo un sistema en que se denuncia á los más grandes ingenios de la humanidad como esclavos de la hipótesis. Y sin embargo, ese es el espectáculo que el positivismo ofrece al mundo sabio en el siglo XIX. Sí; ese grande enemigo de la hipótesis todo lo levanta sobre hipótesis. Preguntad al positivismo dónde están sus bases ciertas y sus principios evidentes; y en todas partes hallareis hipótesis en vez de principios. Y que hipótesis, señores! Hipótesis que en otro siglo hubieran causado risa á los discípulos más vulgares de la ciencia, y que harán encoger de hombros á los filósofos del porvenir.

Enemigos declarados de la hipótesis ¿os habéis olvidado de lo que vosotros mismos os veis obligados á suponer?

En primer lugar suponeis que hasta el siglo XIX, el espíritu humano, á pesar del ingenio y de la virtud de sus organos más famosos se ha visto sometido por la fuerza de las cosas al yugo humillante de las hipótesis gratuitas y de las creencias quiméricas. Y este hecho ni siquiera os tomáis el trabajo de demostrarlo. ¿Y cómo podríamos aceptar sin pruebas una suposición semejante? ¿Cómo habíamos de admitir sin demostración una ley de progreso intelectual, en cuya virtud las inteligencias habían de estar fatalmente condenadas por espacio de largos siglos á afirmar lo falso y creer lo imaginario?

¿Qué hipótesis, señores, la que supone que la fatalidad del error y el reinado inevitable de la quimera ha sido una cosa universal y perpetua hasta nuestros días! ¡Ómno! La humanidad está formada de tal manera y la ley invencible que la rige es tal que necesita comenzar, en el órden de los conocimientos, por el régimen mental teológico, el cual régimen mental es el error y nada más que el error, y luego ha de pasar del régimen teológico al régimen metafísico, cuyo segundo régimen es también el error; solo que en vez de voluntades libres y quiméricas, hay en él entidades metafísicas imaginarias. Y esos dos estados han de durar siglos y más siglos; y se los encuentra en todas partes; y en todas partes afectan de tal suerte á todas las inteligencias, que ninguna puede sustraerse á la ley de su imperio: hasta que al fin se abre el famoso cielo, ó sea el tercer régimen mental, en que por vez primera el espíritu humano se liberta de la tiranía de la preocupacion y de

la oscuridad del error, para ver la luz de la verdad y disfrutar de la libertad de la ciencia. ¡Ómno! soberbios enemigos de la hipótesis, vosotros los que confiáis en utilidad vuestra los gloriosos títulos de sábios y de filósofos, decidnos qué os parece esta hipótesis, científica y filosóficamente considerada.

Y sin embargo, esta no es aún sino la menor de vuestras hipótesis. Vosotros suponeis además, como dogma fundamental de vuestra ciencia nueva, que todos los hechos, de cualquiera clase que sean están sometidos *al mismo método de comprobacion*. Suponeis que toda realidad debe ser conocida por *solo la observacion*, y que ninguna puede alcanzarse directamente por medio del raciocinio. Suponeis que no hay mas que una ciencia, que esa ciencia es el *encadenamiento de hechos ligados entre sí por relaciones que pueden observarse directamente*, y que todo lo que no entra en esta definición es solo un sueño y una aprension. Suponeis que el método que resuelve los problemas del mundo material y del mundo industrial es el único que puede tener eficacia para la solucion de los problemas que interesan al espíritu humano, y por tanto el único método verdaderamente científico. Declarais en fin, á manera de oráculo autocrático, que es preciso desarraigar esa preocupacion tan cuidadosamente difundida por los teólogos y filósofos, de que hay dos clases de hechos diferentes, los hechos que caen bajo los sentidos y los que solo percibe la conciencia; y suponeis como uno de vuestros axiomas mas incontestables que todos esos hechos son esencialmente *homogéneos*.

Pues bien, pregunto yo aquí al positivista más convencido: Todas esas afirmaciones fundamentales y todas esas fórmulas sacramentales de la nueva escuela ¿son verdades evidentes por sí mismas? ¿Habrá que concederos sin discusión y sin exámen, como si fuesen un axioma, que todos los hechos, de cualquiera naturaleza que sean, están sometidos á la misma ley para su comprobación?

Pues eso es exigir que se os conceda lo que estais obligados á demostrar.

¿Quién de vosotros ha probado que en el orden de los conocimientos toda realidad depende sólo de la observación? ¿Cómo demostrais que una cosa no puede ser real si no puede ser directamente observada por los sentidos? Decís que eso no es necesario demostrarlo; pues en verdad que ese procedimiento científico no puede ser más cómodo. Y no es esto sólo; es preciso concederos también que no hay más que una ciencia y que esa ciencia no es más que el encadenamiento de hechos directamente observables; lo cual es pedir que se empiece por concederos aquello en que consiste toda la cuestión. Porque, en efecto, ahí está la cuestión toda entera. ¿No hay más que una ciencia? Y esa ciencia ¿no puede contener más que hechos directamente observables? Y todo lo que no entra en esa categoría ¿es forzosamente imaginario? Y ese método, ¿es realmente el único que merece el honor de llamarse científico? Vosotros así lo afirmáis; pero nosotros lo negamos, y con nosotros lo niega todo el género humano.

Vosotros, que tan profundo horror teneis á la hipótesis, ¿no experimentais un sentimiento de pu-

dor filosófico al formular sin sombra de prueba una proposición tal como la de que *todos los hechos son esencialmente homogéneos?*

Si ese axioma es la evidencia misma, ¿cómo es que por espacio de tantos siglos, se han obstinado las inteligencias en no verla? Y si esa fórmula no lleva consigo la luz que brilla en los axiomas, ¿cómo no veis que necesita ser demostrada? ¿Y si necesita ser demostrada, ¿por qué la estableceis como principio? ¿Por qué estableceis esa hipótesis gratuita como base de todo ese edificio científico que descansa en el vacío?

Necesito reducirme todo lo posible, señores, y sin embargo, no hemos acabado aún de exponer todas las hipótesis positivistas.

¡Oh! el positivismo supone todavía otras cosas; y yo llegaría hasta lo infinito, si me propusiera exponer todas sus hipótesis gratuitas.

Supone que las cosas no tienen principio ni fin. Supone una serie de causas sin causa primera; una serie de leyes sin legislador supremo, y una serie de movimientos sin primer motor.

Supone la *imanencia* intrínseca de las fuerzas de la naturaleza y la fatalidad de su imperio.

Supone que lo sobrenatural es imaginario y lo absoluto quimérico.

Supone que todo lo que no es visible, comensurable y tangible, es la pura nada.

Supone que no hay teología, metafísica, psicología ni moral: en una palabra, señores, el positivismo supone que él solo tiene razón y que todos los demás estamos en el error: que él es la verdad pura, la verdad íntegra, la ecuación exacta entre la

inteligencia y lo inteligible; y que todo lo que no es el positivismo apenas merece que se le conceda el honor vulgar de tener sentido común.

Ved ahí lo que hacen esos hombres, que dicen, mirando con un supremo desden al resto de la humanidad: "la escuela á que yo pertenezco se compone de espíritus positivos, rebeldes á todas las seducciones de la hipótesis, y resueltos á no tomar en cuenta sino los hechos demostrados."

¡Ah! las seducciones de la hipótesis triunfan, y no poco, en esos espíritus tan rebeldes á las seducciones de la hipótesis.

Pero, ¿qué estoy diciendo? La hipótesis no es solo la seducción del positivismo, sino su táctica: no es en él una debilidad, una distracción ó un olvido; sino un sistema. El positivismo tiene formada de antemano su resolución de establecer de una manera arbitraria todos sus puntos de partida, y resistirse en nombre de la ciencia al examen científico de ellos.

Y en efecto, hay una cosa que se ve por todas partes en los libros positivistas; y es que el positivismo tiene, no solo propensión á la hipótesis, sino manía por ella: así es que se va á derecha é izquierda; por los dominios de la ciencia ó por los espacios de la literatura, repitiendo siempre lo mismo, á saber, que todos los hechos son *homogéneos*, que los hechos de conciencia son puramente imaginarios, que lo absoluto no existe, que la metafísica es una quimera; es decir, precisamente todo lo que necesitaría demostrar.

Tales, señores, el primer vicio radical de la doctrina positivista desde el punto de vista científico; suponerlo todo, y no demostrar nada.

Es decir, que se encuentra, respecto á todas las grandes afirmaciones, y entre ellas las que pertenecen al orden natural, en una situación análoga á la que hemos visto que ocupa el naturalismo respecto á lo sobrenatural.

Pero no es este el único vicio que afecta al positivismo en su base: tiene otro no menos capital, que es la contradicción científica elevada á la más alta potencia: así como es hipotético en todas sus bases, es contradictorio en todos sus procedimientos. El positivismo parte de la hipótesis y camina en medio de la contradicción.

A este propósito podríamos hacer notar ántes que todo, que el positivismo cae desde su primer punto de partida en la enorme contradicción de proclamar en la ciencia el reinado exclusivo de los hechos, y de recusar al mismo tiempo, en nombre de la ciencia, todo un conjunto de hechos.

Porque, como acabais de ver, el positivismo repite incesantemente su célebre fórmula: los hechos, y nada más que los hechos: y al mismo tiempo arranca al dominio de la ciencia los hechos más palpables que se producen por doquiera así en la cumbre como en el centro de nuestra vida: tales son, el hecho de la historia humana, que toda ella afirma lo sobrenatural; el hecho del pensamiento, que conoce y percibe lo invencible; el hecho de la inteligencia, que afirma lo absoluto, el hecho de la conciencia, que lleva impreso el sello de la ley moral: hechos todos tan palpables como muchos otros

que admite y reconoce, y que sin embargo, mira con desden y pasa junto á ellos calificándolos de quiméricos y de imaginarios.

Pero todavía hay en el positivismo una contradicción más radical, que es la de eliminar la metafísica y al mismo tiempo suponerla.

Por una parte, el positivismo descansa en la eliminación de la metafísica. La metafísica inspira al positivista una repulsión aun más profunda que lo sobrenatural, porque el positivismo tiene más que nada horror á lo absoluto, y la metafísica vive de lo absoluto.

De aquí procede su odio instintivo á la metafísica; de aquí el grito de "atrás la metafísica, eliminemos por completo la metafísica." Y por otra parte, el positivismo acepta las matemáticas como la primera de sus bases. ¿Y quién no ve que las matemáticas tienen puntos de contacto necesarios con la metafísica, y que proclamar la ley matemática es proclamar la existencia de la metafísica? ¿Por ventura las matemáticas pertenecen puramente al dominio experimental?

No, en verdad: los axiomas algebraicos son racionales, no son empíricos. Y en prueba de ello, ¿podría la experiencia sola demostrar una verdad algebraica ó geométrica? ¿Habeis visto en la naturaleza un círculo que os dé á la simple vista la idea matemática del círculo? ¿Conoceis un triángulo rectángulo que os dé la noción absoluta y verdadera del triángulo rectángulo?

No: la verdad matemática no está en los cuerpos que analizais, ni en la materia ó la extensión que medís sino que los domina: sirve para calcular su

extensión, su peso y su movimiento, pero no está en ellos. ¿Dónde está, pues, el lugar en que reside el mundo matemático?

Está en esa misma metafísica, que no podeis suprimir sin suprimir la base sobre la que intentais levantar todo el edificio de la ciencia.

Tal es, pues, la contradicción radical hacia la cual llamamos la atención de los pensadores que miran lo sustancial de las cosas: basarlo todo en la ley matemática y suprimir despues la metafísica, que es la base de las matemáticas: base eterna, unión divina, en que las matemáticas se enlazan con la metafísica, y una y otra con el mismo Dios.

Sin duda alguna ha sido preciso que á los fundadores del positivismo les haya faltado el sentido filosófico, para no haber visto el íntimo y esencial vínculo que une al axioma matemático con la verdad metafísica, y para haber concebido la singular idea de levantar sobre las ruinas de lo absoluto y de la metafísica un sistema que de grado ó por fuerza descansa en la metafísica y en lo absoluto.

Y puesto que hemos pronunciado esta palabra, vamos á acabar de una vez con esa deplorable manía que el positivismo tiene con lo absoluto; vamos á hacer ver, aun á los que tengan menos claridad de vista, el círculo vicioso en que se encierra al negar en todas partes ese absoluto que en todas partes supone, y sin el cual la ciencia misma le desafía á que pueda asentar la base de ninguna construcción científica. Tambien en esta parte el positivismo descansa por completo en una enorme contradicción. No quiere admitir mas que lo relativo. En todo y por todo niega lo absoluto, lo a'a-

ca de frente y se esfuerza en arrojar del espíritu humano y de la ciencia hasta la idea de él. Y siendo así, señores, ¿concebís que sea este el positivismo que aspira, no solo á renovar y perfeccionar, sino también á organizar y formar la ciencia; la ciencia, que no vive mas que de lo absoluto, que no se sostiene ni se mueve más que por lo absoluto? ¿Cómo! ¿Os proclamais hombres de ciencia, y no admitís más que lo relativo, y no aceptais más que hechos, grupos ó séries de hechos esencialmente variables? ¿Y al tratar de construir la ciencia, aspirais al honor de fundar lo inmutable? Porque al fin, ¿qué cosa más inmutable que una ciencia, cuya base son las relaciones necesarias que unen las conclusiones ciertas á los principios evidentes?

Negais lo absoluto, y sin embargo raciocináis. ¿Pues por ventura el raciocinio no es en sí mismo una proclamación de lo absoluto? Decidme: ¿en qué están basados vuestros raciocinios? Sin duda alguna en los axiomas. ¿Y qué cosa hay más absoluta que los axiomas? El raciocinio implica dos cosas, más ó ménos explícitamente formuladas: el principio y el silogismo: el principio que señala el punto de partida del pensamiento, y el silogismo, que indica su evolución. Por otra parte, ¿cómo es posible que una ciencia tuviese por base más que principios inmutables y absolutos? ¿Ni cómo podría verificarse su desenvolvimiento sino por medio de silogismos, ninguno de los cuales puede seguir su curso ni llegar al fin sino por la virtud y el poder de lo absoluto? ¿Puede un hecho deducirse por sí solo de otro hecho, si no interviene lo absoluto como mediador? Y aún dentro de los do-

minios de la observacion ¿puede nuestro espíritu sustraerse á las ideas de causa, de sustancia y de leyes? Y esas causas, y esas leyes una vez comprobadas, no sois vosotros los primeros que les dais un valor absoluto en vuestros cálculos y en vuestros raciocinios? ¿No veis, por último, que ese absoluto que pretendéis triturar arbitrariamente en la muela de vuestra despótica ciencia, de grado ó por fuerza se desborda por todas partes? ¿Y cómo se os puede ocultar que vuestra pretensa filosofía no causa al espíritu humano ni al génio científico un cuarto de hora de ilusion, sino gracias á lo absoluto que invoca y de que se sirve al mismo tiempo que lo repudia?

Vemos, en efecto, cómo habeis de hacer para prescindir de lo absoluto y construido todo sobre lo relativo. *Lo que es, es: esta verdad ¿es absoluta, sí ó no? Una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo y desde el mismo punto de vista, ¿es esta una verdad puramente relativa? Nada existe sin razon suficiente: ¿es esto tambien del dominio de lo relativo? Estos axiomas, que sostienen sobre sus inmutables verdades á todas las ciencias y á todos los raciocinios ¿os parecen extraños al imperio de lo absoluto? Pues hay que elegir forzosamente entre raciocinar, y entónces se han de admitir principios absolutamente ciertos, es decir, se ha de reconocer el reinado de lo absoluto; ó no raciocinar, y en tal caso no demostrar nada, es decir, abdicar la ciencia. Si: esa es la inevitable alternativa en que os encontráis; aceptar lo absoluto ó apostatar de la ciencia: ¡Oh! por más que hagais lo absoluto tiene sobre vosotros un imperio inelu-*

dible: os quereis sustraer á él por una parte, y él os conquista por otra; lo arrojaís de la metafísica, ó por mejor decir, lo expulsáis de la ciencia en union de la metafísica, y vuelve á entrar por las matemáticas y con las matemáticas. Necesitais de lo absoluto, vosotros sobre todo los que conatruís de una sola pieza la geometría universal de las cosas; porque no hay álgebra ni geometría que no camine apoyando sus piés en el granito de lo absoluto. De manera que esa estatua de lo absoluto que echais por tierra con la mano izquierda, tenéis que levantarla con la mano derecha, y adorarla como una faz de Dios al mismo tiempo que la maldecís como un espectro de la nada.

¿Podrá ir más allá todavía la contradicción? En el orden teórico no lo creo, pero en la práctica positivista hay aun otra contradicción más palpable y se reproduce en todos los puntos fundamentales donde asienta su planta el positivismo. El positivismo aparenta á cada paso no ocuparse en los grandes problemas; á saber, de Dios, del alma, de la causa primera, de las causas finales y de la inmortalidad de la vida. Si se le oye, el que creyese que formula sobre esas cuestiones alguna otra doctrina, estaria en un error. Su solución acerca de todos los problemas que de grado ó por fuerza se presentan ante la inteligencia, consiste en no tener ninguna. ¿Qué enseña el positivismo acerca de Dios? Nada. ¿Y acerca del alma? Lo mismo. ¿Y acerca de las causas finales? Tampoco. Sobre todos estos puntos no dice sí ni no: todo lo deja en libertad absoluta. Estas cuestiones no las trata, sino que las borra como supérfluas del programa

de la ciencia. Y sin embargo, cuando se viene á la aplicacion, en todos los libros del positivismo hay una cosa que salta á los ojos, y es que todas esas cuestiones que se proponia no tratar y que parece que no quería ni siquiera tocarlas con la punta del dedo, las decide y las resuelve con un aplomo y una seguridad que os dejan absorto por más de un motivo.

Hermano positivista, me has dicho, no una vez sino ciento, que no sabes nada acerca de la esencia de las cosas, por ejemplo, acerca del *alma*: que no quieres examinar si tenemos alma ni qué alma es esa. Muy bien, pero entónces ¿por qué declaras con tanto aplomo que el alma es "el conjunto de las funciones del cerebro y de la médula espinal"? ¿Para un hombre que hace profesion de no saber nada, eso es saber demasiado; y esa manera de dogmatizar acerca de lo desconocido, más que contradictoria, es risible filosóficamente considerada.

Acerca del problema de las causas finales y de la causa primera tambien, dices que "la filosofía no niega ni afirma nada acerca de ellas: que no sabes nada acerca de la causa del universo y de los habitantes que contiene: que la filosofía no se ocupa, ni en los principios, si es que el universo ha tenido principios, ni en lo que han de ser los vivos despues de la consumacion de los siglos, si es que hay consumacion de los siglos."

¡Ah! no sabes nada acerca de las causas finales. Y entónces ¿por qué dices con el tono imperativo de una certeza absoluta que "es inherente á la materia organizada la propiedad de ajustarse á un

“determinado objeto, de acomodarse á ciertos fines?” ¿Y á eso llamas no negar ni afirmar nada acerca de las causas finales? ¿Pues por ventura se puede decir con más claridad y más osadía que no hay causas finales?

Tampoco sabes nada acerca de la causa primera del universo. Y entonces, ¿dónde has aprendido que “no se puede explicar el origen del mundo, ni por medio de muchos dioses ni por medio de uno solo?” Si la causa primera te es de todo punto desconocida, ¿cómo proclamas con tanta altanería que, “el dogma nuevo que elimina de una manera definitiva todas las voluntades *sobrenaturales*, conocidas con el nombre de Dios ó de la Providencia, demuestra que todo obedece á leyes naturales, á que se llamará, si así se quiere, las propiedades inmanentes de las cosas?” ¿Es eso no saber ni enseñar nada acerca de la causa primera? ¿Pues que dirías si supieses y afirmases alguna cosa?

Ved ahí, pues, la manera que teneis de no tratar del alma, ni de Dios, ni de las causas finales, ni de las causas primeras. Bien se ve que vuestra abstención no es más que una mentira y vuestra neutralidad un disfraz; disfraz que os poneis para ocultar bajo apariencias científicas, el rostro del ateísmo y del materialismo.

Y ¿qué significa, además, esa actitud equívoca y groseramente contradictoria respecto á la metafísica? Sois más que inconsecuentes, porque llegáis á ser divertidos en vuestra abstracción simulada respecto á la metafísica.

Decís que no os ocupáis en la metafísica: que elimináis del templo de la ciencia, juntamente con Dios, el alma, las causas primeras y las causas finales, y que como pontífices, le prohibís que salve sus umbrales. Confesais que no sois metafísicos, ni habeis tratado de serlo.

Y entonces, ¿quién os autoriza para relegar la metafísica, en unión de la teología, á la region de lo imaginario? ¿Con qué derecho declarais que la metafísica es una quimera?

Si nos habláis de esa metafísica presuntuosa, hipotética y llevada á la quinta esencia, que más allá del Rin se ocupa en construir *á priori* á Dios, al mundo y á la naturaleza, entonces os dejamos en buena hora esa metafísica hueca. ¿Pero sabeis vosotros de una manera exacta que no hay otra metafísica muy real, muy positiva y muy inherente al espíritu humano?

Esta es la cuestion; y vosotros, que no estudiáis metafísica, ¿cómo nos oponéis esa protesta tan solemne contra ella? ¿No veis que hay en esto usurpacion por parte vuestra y hasta despotismo? No sois metafísicos, podeis muy bien no serlo; pero es eso una razon para que no haya metafísica? ¿Os bastará de hoy en lo de adelante no ocupar ya en una ciencia, para que esa ciencia pierda su derecho á existir? No os gusta la metafísica. ¿Y por qué? ¿Quién sabe? Acaso porque no teneis aptitud para ella. Pues entonces, abstenos, y tal vez nos servireis mejor, dedicandoos á otra cosa. La Fontaine os diria á este propósito: “Mas vale que seais albañiles si ese es vuestro oficio.”

Pero abrigar la soberbia presuncion de suprimir una ciencia ó de declararla quimérica, solo porque no os escita la curiosidad ó porque sois incapaces para ella, eso empieza á parecerse bastante á las manías intelectuales y filosóficas que amenazan con la pérdida de la razon á los que son victimas de ellas; y el tercer *régimen mental* está aquí muy cerca de otro cuarto régimen, el de la *enajenacion mental*, que es el último de todos y el que lleva en derechura á Charenton á los reformadores del género humano.

Hasta ahora, señores, hemos visto en el positivismo dos cosas que son esencialmente anticientíficas: la hipótesis gratuita y la contradicción universal. Considerados en absoluto esos dos vicios, que alcanzan á todo el sistema y lo condenan á la impotencia, podrían muy bien no afectar sino al método: y por eso, para ultimar el proceso del positivismo ante el tribunal de la ciencia, es necesario convencerlo de falsedad absoluta en sus afirmaciones radicales.

Ante todo, señores, ¿habeis pensado lo que sería necesario admitir de pronto en la humanidad para darle la razon al positivismo? Acabamos de ver lo que el positivismo tiene necesidad de suponer para que se le acepte, sin invocar ni aun la apariencia de una demostracion.

Pero, gran Dios! ¿Cuánto no necesitaríamos suponer nosotros para justificar en presencia de la razon ese amontonamiento de hipótesis y esos laberintos de contradicciones! Para darles la razon á unos cuantos ilusos de 1848 ó de 1865, necesita-

riamos suponer en el inmenso concilio de las inteligencias el error universal, por no decir la locura ó la alucinacion universal.

Al hablaros el año anterior de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, hice comparecer al pequeño grupo de la crítica negativa ante el grande ejército de la afirmacion católica. Pero hoy, en presencia del positivismo, que lleva la audacia de las negaciones hasta las fronteras extremas de la verdad, no es ya solo el grande ejército de las inteligencias cristianas, sino el universal é innumerable ejército de las inteligencias humanas el que tenemos que oponerle.]

Para que el positivismo triunfe, como verdad, es preciso que tenga fuerza bastante para soportar el mentis que contra él lanza la humanidad entera.

Es preciso que los más grandes hombres y los más grandes ingé-nios de todos los siglos, con todas las generaciones que han seguido sus huellas luminosas y han repetido la armonía de sus voces, hayan girado de una manera fatal en un círculo de errores: es preciso que todos esos hombres, y todos esos pueblos, y todos esos siglos, vengán hoy á caer á los piés de algunos espíritus adheridos á los límites de una idea fija y apostatar de todas sus creencias, repudiando todo cuanto han dicho en una palabra: es preciso que toda esa humanidad, tan coronada de honra, de gloria y de ingé-nio, se incline ante ese sistema que nació ayer de algun cerebro enfermizo, y diga con una humillacion suprema: Tú eres la verdad y yo soy el error: tú solo tienes razon, todos nosotros nos hemos equivocado! . . . .

¡Ah, señores! cuando uno trata de darse cuenta de semejante suposición, parece á la vez tan deplorable y tan ridícula, que no se sabe lo que principalmente está llamada á producir en las generaciones ante las cuales se hace; si un inmenso gemido ó una inmensa carcajada.

¿Cómo? Por tal de daros la razón á vosotros, que nacisteis ayer y moriréis mañana: por tal de que triunfe un sistema que no tiene á su favor la autoridad de la experiencia ni la del ingenio: para glorificar una filosofía que hasta ahora no se ha conquistado otra celebridad sino la de la audacia y la escentricidad, habrémos de admitir que es falso todo lo que no ha sido positivista, y eso siempre y en todas partes: tendrémós que acusar de falsedad á todos los hombres y á todos los pueblos que han proclamado y proclaman que el mundo tiene una causa primera y un objeto final, distinto de sí propio; á todos los hombres y á todos los pueblos que han creído que más allá de la naturaleza y de sus leyes hay realidades superiores á este mundo inferior: á todos los Platones y á los Aristóteles, á todos los Agustinos y los Anselmos, á todos los Tomases de Aquino y los Buenaventuras, á todos los Descartes y los Melebranché, á todos los Clarke y los Leibnitz, á todos los Bossuet y los Fenelon; á todos esos ingenios metafísicos de primer orden que han creído que toda la energía de sus convicciones y proclamado con la ilustración de sus obras, que la metafísica no descansa en hipótesis ni en quimeras: á todos esos grandes hombres que han creído y creen todavía en la realidad del alma humana y en su distinción real de las sustancias

del cuerpo; y que han basado sobre la inmateria- lidad de nuestro sér pensador esa noble é ilustre ciencia cuyas glorias seculares recordábamos el domingo último, la psicología: á todos los moralistas antiguos y modernos, sagrados y profanos, que han admitido en el hombre el imperio de la conciencia independiente del imperio de la materia, y como reguladora en ese imperio interior una moral que no tiene nada de comun con las leyes de la fisiología y es superior á la moralidad que no procede sino del instinto animal: en fin, á cuantos han enseñado que no todos los hechos son homogéneos, que no todos los objetos del saber humano son empíricos: que más allá de las ciencias que tienen por objeto la extensión, el movimiento y las propiedades de los cuerpos, las leyes de la vida y de la sociedad, hay todavía ciencia, y que el estrecho recinto trazado por las líneas conjuntas de las seis ciencias del positivismo no la comprende toda.!

¡Oh! en verdad que es demasiado exigir que reconozcamos el imperio fatal del error y el reinado secular de la falsedad en todo eso: pedidnos más bien que abduquemos la inteligencia y apostatemos de la razón. Demasiado sé donde está aquí el error: está en que calificais de hipótesis la idea de Dios, causa primera de todo, idea también gravada en el fondo del alma humana, que nunca ha logrado desprenderse de ella por completo por más que se haya hecho: está en vosotros que os habeis propuesto destruir á la teología y con ella á la metafísica, que está enlazada con todas las raíces á la constitución de la inteligencia, esa metafísica que no lograréis destruir sino con la condición de destruir

al mismo tiempo el sentido universal, el sentido de lo absoluto y el sentido de lo infinito, es decir, al mismo espíritu humano: está en vosotros que cerráis los ojos á la irradiación del alma que brilla en vosotros mismos, que constituye vuestro propio ser, y que por medio de todas las manifestaciones que brotan de ella se presentan como testimonio de lo invisible y de lo inmaterial: en vosotros que con una temeridad que ultraja á nuestra majestad primitiva, trabajáis por destruir en el hombre el imperio moral de su conciencia, á la vez con la legislación eterna escrita en el fondo del alma por el dedo del mismo Dios: en vosotros, que sistemáticamente quitáis al imperio del saber las tres cuartas partes del saber: que bajo pretexto de dar nuevo vuelo á la ciencia, la encerráis en un oscuro calabozo de donde no puede salir: que pretendéis engrandecernos y nos rebajáis de todos modos, quitando á nuestra vida sus aspectos más sublimes y sus fuerzas más reales; y en fin, que bajo pretexto de elevarnos, lo que lograríais, si os siguiésemos hasta el fin, sería rebajarnos y hacernos caer, en nombre del progreso humano, en una esfera inferior al hombre mismo.

Porque en efecto, ¿qué sucedería si vuestros errores llegasen algún día á prevalecer en el mundo como un progreso para la humanidad? Apenas me atrevo á decirlo. No veis, señores á esta humanidad engrandecida, elevada é ilustrada por el positivismo, dueño y absoluto soberano de los destinos humanos? Mirad como el tercer régimen mental ha venido á ser el régimen universal. ¡Qué régimen, gran Dios! O por mejor decir, ¡qué vergüen-

za y qué degradación! ¡Oh humanidad! contéplate ahí tal como te ha soñado el positivismo caído hasta el extremo que él lo ha querido.

Ya no hay nada que mire hacia lo alto: ya no hay nada que se encamine hacia el cielo: todo es terreno y todo se arrastra por el suelo. Ya no hay nada que se levante: ni Dios, ni el alma, ni lo ideal, ni lo absoluto, ni lo inmortal, ni lo infinito. Ahí estás cautiva, humillada, deshonrada; con los ojos fijos en el suelo con un compás en una mano y una balanza en la otra, midiendo la extensión y pesando la materia; encerrada para siempre en el círculo fatal que forman en derredor de tu alma y de tu corazón, hambrientos de lo infinito, las matemáticas y la astronomía, la física y la química, la biología y la sociología. Tu destino está trazado: el positivismo ha vencido.

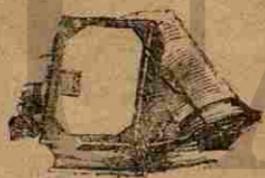
¡Vencido! ¿Qué es lo que he dicho? ¡Ah, señores, no temáis! El positivismo no vencerá, porque tiene en contra suya no solo la barrera del cristianismo, sino también la del alma humana, defendida por sus intintos más sublimes y sus necesidades más invencibles. No: el positivismo no pasará adelante, no tocará con su pié el pórtico del porvenir, ni aun siquiera los umbrales del siglo XX. Sí, tengo de eso una convicción profunda, antes, mucho antes de que este siglo termine, tal vez como el anterior, envuelto en una sangrienta nube, el positivismo, que es una mezcla de todos los más bajos errores, desaparecerá en los abismos de la filosofía contemporánea, mezclando el polvo de su sistema con el polvo de tantos otros sistemas que ha barrido ya el viento del siglo y pulverizado el

sepio de la verdad. Y la ciencia á la que pretendia encerrar en un círculo inflexible, y juntamente con ella al espíritu humano, la ciencia continuará engrandeciéndose y elevándose; pero se elevará y engrandecerá llevando consigo á la moral, la psicología, la metafísica y la teología, como la cúpula sublime que corona el edificio: arquitectura admirable, que tiene en su base lo absoluto para que todo descansa sobre ella, en el centro el alma humana para engrandecerlo todo, y en la cúspide la idea de Dios para iluminarlo todo!

FIN

## ERRATAS

Páginas.	Líneas.	Dice.	Debe decir.
"	4	7	
"	6	26	psicológica
"	31	14	legítima.
		acababo	legítima.
			acabado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

00